

ERMITAS RUPESTRES EN LA MONTAÑA ALAVESA

GERARDO LOPEZ DE GUEREÑU

En terreno tan quebrado como este de la montaña alavesa, con numerosas alturas y sierras, tan rocoso y abundante en cuevas, era lógico que se encontrasen algunas grutas ocupadas por diversas advocaciones de Vírgenes y Santos, y, en efecto, hemos hallado cuatro ejemplares: dos de ellos en la Sierra de Cantabria, que son: San Tirso, en Bernedo y San Quirico, en Lagrán, ambos desaparecidos al culto religioso; y otros dos, que todavía se conservan: San Román, en las alturas cercanas a San Román de Campezo, y Nuestra Señora de la Peña, en Faído, haciendo votos por su con-

servación, y pretendiendo, con estos renglones, dar a conocer algunos detalles de los mismos, ya que de los primeros, como antes señalamos, apenas si queda ya su recuerdo, por lo menos que no caigan en el más completo olvido.

Nuestra Señora de la Peña, en Faído

Interesantísima ermita rupestre excavada en la peña viva. Se halla a corta distancia del núcleo de población de Faído. El pórtico o vestíbulo, la nave y bóveda de su altar, el coro, las habitaciones para los cofrades, todo ello



Nuestra Señora de la Peña, en Faído. (Fot. Lz. de Guereñu)

sin participación alguna de piedra ni ladrillo, guardando igualmente una pila bautismal que acredita su anterior importancia. Sobre el tejado una pequeña cueva guarda, en su interior, una inscripción muy antigua.

En el centro del retablo, tenemos la imagen policromada de la Virgen, una más de nuestras «Andra Maris». El Niño se halla ladeado, cogiendo con su mano la cinta del manto de su Madre, que le presenta una flor.

Seguramente el culto en este lugar data de la Alta Edad Media. Se trata de un templo rupestre muy antiguo, a juzgar por los otros restos que se hallan en el mismo edificio y por las huellas de la pujante vida eremítica en estos contornos». (Catálogo Monumental. Diócesis de Vitoria. Tomo II).

Las rogativas a Nuestra Señora han sido constantes desde antiguos tiempos, acudiendo los afiliados a su Cofradía, los dos días segundos de Pascua, la festividad de San Miguel y el 8 de setiembre, Natividad de Nuestra Señora, estos dos últimos días con su correspondiente merienda que, después de las ceremonias religiosas, consumían en agradable y placentera compañía todos los cofrades asistentes.

Otro de los lugares que acudían en rogativa, era el cercano de Peñacerrada, en cuyos Libros de cuentas de la Parroquia, encontramos numerosas partidas que acreditan lo gastado en las visitas que el vecindario de esta villa de Peñacerrada efectuaba, en corporación, a la ermita de Nuestra Señora, no copiando más que dos de ellas: en 1684 «más se gastó en las Letanías de Faido (N.ª S.ª) quatro rs. en un ciento de sardinas... más se gastaron tres rs. de merluza... de lechugas, veinte y quatro mrs.»; y, al año siguiente: «más se gastó en las Letanías de Faido, quatro rs. en un ciento de sardinas... más se gastaron cinco libras de pesca que contan diez rs... más se gastaron tres rs. de merluza... más se gastó de lechugas beinte y quatro maravedís... más gastó dho. mayordomo doze rs. en tres cántaros de vino».

Pareciéndoles superfluo este gasto, desde 1686, no gastan en estas rogativas más que el pan y el vino que consumen los romeros; dándoles a los Beneficiados que celebran la misa, a tres rs. a cada uno, por su trabajo, sin hacer ya las comidas y meriendas anteriores.

San Román, en San Román de Campezo

En la llamada Peña del Santo, en lo más elevado del monte, al norte de la parroquia, tenemos una oquedad, en su mayor parte natural, de grandes dimensiones, ya que en ella pueden albergarse más de doscientas personas, que sirve de cobijo a un muy pequeño altar que carece de retablo, estando la imagen del titular, San Ramón, colocada en un pequeño nicho excavado en la peña.

Los vecinos del lugar en cuyo término se encuentra, sienten gran veneración y orgullo por esta ermita, de la que aseguran que no tiene más que una teja y, sin embargo, jamás caen goteras en ella.

Durante la guerra de la Independencia fue profanada, pero reparada y bendecida nuevamente, se abrió otra vez a la querencia de sus fieles, celebrándose en ella, a fines del pasado siglo, misa todos los sábados de cada semana; no teniendo actualmente culto habitual.



Ermita de San Román, en San Román de Campezo.
(Fot. Lz. de Guereñu)

San Quirico y Santa Julita, en Lagrán

En las laderas de la Sierra de Cantabria, a unos 1.300 metros de altitud, en terreno muy escabroso, está la cueva que cobijaba a estos Santos Mártires, Patronos de la Villa, la cual gruta era muy visitada por todo el vecindario de Lagrán, aunque el camino, muy pendiente y largo, hacía más meritorio el acudir hasta la ermita. Por lo menos desde 1553 el Ayuntamiento se ocupaba de tener en buen estado esta vía de comunicación, ya que en las cuentas de este año aparece una nota: «más gasté con quinze hombres que andubieron repasando y adereçando el Cam.º de Sant Quiliz, dozientos e cinqt.^a e ocho mrs».

En el interior de la cueva se veneraba una imagen labrada en piedra que representaba a Santa Julita con su hijo San Quirico en el regazo. Aseguran en Lagrán que un riojano arrojó esta imagen a los cascajales, y, seguidamente, empezó a descargar una imponente tormenta, no cesando la lluvia hasta que los vecinos de Lagrán restituyeron la imagen a su primitivo lugar.

Referente al sitio en que se halla la ermita, se comenta la aparición de San Quirico a un vecino de Lagrán en la cueva de su nombre. y habiendo querido edificar el templo más cerca del pueblo, el Santo no consintió en el cambio de lugar, por lo que no hubo más remedio que, cumpliendo los deseos del Santo, erigir la ermita en el lugar de su aparición.

Aparte de las visitas que sus devotos hacían a San Quirico, a fines del siglo XVII, era ya obligado «que el Miércoles de la Ascensión se hiciese la Procesión a la Hermita de San Quirico y Santa Julita, Patronos de esta villa, va a decir misa el Beneficiado más moderno, sin limosna». Igualmente, y con mayor motivo, el 16 de junio, «festividad de los Gloriosos Mártires San Quirico y Santa Julita, Patronos de esta villa, por cuya intercesión a recibido de la Magestad Divina en todas sus aflicciones remedio; va a devir misa a su Hermita el que salió de Semanero, y en la Iglesia, acavada la misa maior se hace Procesión por el Cementerio, trayendo la imagen de los Santos Mártires. Paganse la misa y dan de almorzar los Regidores al sacerdote que la dice en la Hermita».

En esta gruta de San Quirico se encuentra el suelo muy removido, al parecer por excavaciones que en la villa les atribuyen a los «Rodrigones», gentes de mal vivir, que, aseguran,

trataban de encontrar la «Polla de oro y sus polluelos» y que un día, por un desprendimiento, se les enterraron las herramientas y tuvieron que dejarlo todo abandonado.

Ya, desde 1755, en las Visitas Pastorales se viene indicando la indecencia en que se encuentra la ermita, «sirbiendo de refugio a pastores y otras personas y aún de animales». Sin hacer caso de esta y otras advertencias, en 1799, nos anuncia el Visitador: «Asimismo se visitó la Hermita de San Quilez y Sta. Julita, sita en jurisdicción de dha. villa y debajo de un peñasco, sin puerta y en el centro sobre una mesa de piedra una efigie de lo mismo que se titula Sta. Julita con un niño en los brazos a quien llaman Quirico, no tiene altar, solo unas tablas contiguas a dicha mesa, el suelo lleno de umedad y de inmundicia, por lo que proivía y proivió S.I. se celebre el Santo Sacrificio de la Misa, interín que por las personas obligadas o que tengan algún interés en la existencia de dha. Hermita no se adorne y repare a todo lo necesario a satisfacción del Vicario de este partido...».

Poco caso debieron hacer de la advertencia anterior, puesto que en la Visita del año 1827, leemos: «...las restantes (ermitas), entre ellas la de San Quirico han desaparecido y mandó S.I. se coloque una cruz para señalar el sitio donde fue lugar sagrado...».

A pesar de la pérdida de este pequeño templo, la devoción a San Quirico no desapareció en la villa, asegurando vecinos ancianos de la misma, que no hace todavía muchos años, personas mayores lo vistaban el segundo día de Pascua de Pentecostés, rezando el Santo Rosario y dejando unas velas encendidas en su interior, e incluso alguno, seguramente por cumplir alguna promesa, hizo el recorrido a pie descalzo desde las faldas de la sierra hasta la cueva.

San Tirso, en Bernedo

La ermita de San Tirso, en jurisdicción de Bernedo, se encuentra situada debajo de la peña que lleva su nombre en la extremidad de la Sierra de Cantabria, ocupando una oquedad en la roca, a 1.263 metros de altura sobre el nivel del mar. La gruta natural que ocupa su interior, estaba cerrada con una pared de más de dos metros de altura, con una puerta de barrotes de hierro, y el suelo empedrado, habiendo todo ello desaparecido al paso del tiem-



Bernedo. Ermita de San Tirso (Fot. Lz. de Guereñu).

po y hoy se encuentra muy destrozado su interior, no celebrándose ya culto ninguno a este Santo.

Acerca de la construcción de este pequeño templo en estas alturas, se cuenta la siguiente leyenda: «Vivía Tirso en la sierra de San Lorenzo. Apacentaba vacas para ganarse el cotidiano sustento. Desengañado de la vida que el mundo le ofrecía, pensó hacer penitencia para asegurarse la verdadera vida que nunca se acaba. En efecto, puso en práctica su pensamiento, escogiendo para testigo de sus penitencias las elevadas cumbres de la sierra de San Lorenzo. Hizo rápidos adelantos en la perfección y adquirió fama de santo, por lo que las gentes iban a él para impetrar favores del cielo. No faltó, sin embargo, un diablo que informara de ésto al gobernador de Logroño, quien, enfurecido, mandó traer al santo a Logroño para darle una muerte que aterrara a los cristianos. Con su cachava al hombro vino Tirso a Logroño. Al siguiente día fue sacado de la ciudad, para ser martirizado, y hablando a la mul-

titud de cristianos que le seguían, les dijo entre otras cosas: «Donde caiga esta cachava, allí haréis mi ermita». Al instante arrojó la cachava, que cayó en el sitio donde se halla la ermita del santo» (Anuario Eusko-Folklore, 1961).

A San Tirso lo consideraban abogado para alcanzar lluvia cuando el campo se encontraba muy seco, o, al contrario, para pedir bonanza si llovía demasiado. Igualmente se le cree eficaz mediador para el dolor de muelas, para lo cual, cuando se sube a su ermita, se da, a su imagen, un beso en la cara y se roza con un pañuelo, y cuando llega la molesta dolencia, se aplica la citada prenda sobre la parte dolorida, teniendo especial cuidado de no mojar nunca el pañuelo, ya que si lo hacen, pierde toda virtud curativa. Lo anterior, claro está, se refiere a pasados tiempos, pues como ya dijimos al principio, ya no tiene lugar en la ermita ceremonia alguna.

Referente a esta abogacía acerca del dolor de muelas, se asegura en Bernedo que, hace mucho tiempo, unos desalmados descabezaron la estatua del Santo, echando, rodando, su cabeza monte abajo; pero al poco tiempo empezaron a sufrir tan penoso dolor de muelas que, acordándose de lo que habían ejecutado con San Tirso, procuraron buscar su cabeza y cuando, al fin, la encontraron, pidiéndole perdón por lo que habían hecho, volvieron a colocársela en su sitio, viéndose libres de tal molestia.

El Concejo de Bernedo, en cuyo término, como hemos indicado, se halla la ermita, se ha ocupado siempre con gran esmero, de sus arreglos; así en 1457, acuerdan «que se haga la bóveda y la puerta de la yglesia de San Tutys...».

En 6 de marzo de 1581, determinan: «...que se repare ermita de San Tutis, por no poder celebrarse en ella si no es con gran peligro...».

En 1582, se abona un real por limpiar las fuentes de San Tutis.

Siguen los reparos, y, por fin, el 23 de mayo de 1865 «...se acuerda arreglar lo necesario para poder celebrar misa en San Tirso, pidiendo a los pueblos devotos ayuden lo que puedan y el déficit lo pague el Ayuntamiento de Bernedo». A esta solicitud parece que Yécora respondió con gran desprendimiento, por lo que el Ayuntamiento de Bernedo acordó «darle una llave para que sin tener que pedirla, pueda ir cuando y como quiera a implorar al Santo, con

obligación de no poder prestar ni dar a otro pueblo».

Anterior al acuerdo arriba citado, la ermita estaba enormemente deteriorada, según apreciábamos en la visita del año 1799, que nos anuncia: «En la misma conformidad se visitó la Ermita de San Tirso que se halló con suma humedad proveniente de la filtración de las aguas que destilan del peñasco que la cubre y domina, sin que se considere el modo de remediar-se, por lo que manda S.Y. que no se custodie dentro de ella cosa alguna q. pueda padecer putrefacción q. se tenga con limpieza y q. cuando se hubiese de decir misa se llebe todo el recado y adorno necesario, pena de veinte ducados y con apercivimiento que se procederá a lo demás q. en dro. haya lugar».

La gran devoción que por San Tirso tenían en toda la comarca, era motivo de numerosas romerías que, principalmente, los pueblos de Bernedo, Villafría y Cripán, así como algunas veces los de Yécora y La Aldea, solían celebrar.

Como es lógico, los vecinos de Bernedo eran los más piadosos, y ya en 1558, en los Libros de actas del Concejo, encontramos: «Otrosy en este ayuntamiento se mandó e probeyó que las fiestas de deboción que están mandadas por el dho. concejo que son San To-

tis... se guarden muy debotamente y que ninguno salga de la Jurisdicción pena de un real...». En la sesión del 27 de abril de 1657 «se determinó que se baya a la ledanía de San Tirso» y así vienen numerosas anotaciones; igualmente había costumbre de dar vino a los vecinos que acudían, y asimismo abonaban a los clérigos que acudían, diversas cantidades por las misas que allí celebraban. Referente al vino que daban a los que acudían a la rogativa, tenemos que anotar que una de las cláusulas del arrendamiento de la Venta Vieja de Bernedo, era la que debían dar anualmente «doze cántaras de vino blanco para el día que se va por parte de este Valle en procesión a la Hermita de San Tirso...».

Para terminar, diremos que otro lugar, éste de la Rioja, era el de Cripán, que solía acudir el 15 de mayo, día de San Isidro, en solemne rogativa que ascendía por la ladera de la Sierra de Cantabra, y al llegar a lo alto de la misma, el cura que presidía la comitiva, solía dar la bendición a la Rioja y a la Montaña que desde aquella eminencia se divisan. Después de celebrada la Misa cantada, tenía lugar la comida en pleno campo, presidida por el ayuntamiento, a cuyo cargo corría el vino que podían consumir los romeros.